

## “EL ABASTECIMIENTO A LA POBLACIÓN CIVIL DURANTE LA GUERRA CIVIL: EL CASO DE MADRID”

De Antonio Gálvez

### 1.- El abastecimiento a Madrid.

El tono triunfalista, de exaltación y hasta festivo de los primeros días de la guerra, unido a la despreocupación -debido en gran medida a la desinformación- con que se observaba el avance del ejército sublevado, hace que el abastecimiento de la capital no se vea como un problema, la impresión general es que aquello va a durar pocos días. Pronto se percataron las autoridades republicanas de que las optimistas previsiones sobre las posibilidades de aplastar el pronunciamiento en un corto plazo son erróneas. Es cierto que la República controla la mayor parte de la industria, y tiene en su poder los depósitos del Banco de España, pero no es menos cierto que la parte más importante de las zonas agrarias y ganaderas de España han caído en manos de los sublevados. Las primeras medidas en cuanto al abastecimiento se dictan pensando en el suministro al ejército que defiende a la República, aunque intentando mermar lo menos posible los víveres necesarios para la población. Los primeros síntomas de desabastecimiento se dan en los restaurantes que empiezan a notar la falta de suministros. De hecho, ya en julio comienzan a aparecer los primeros rumores de desabastecimiento, a los que responde la prensa con titulares como: «*Madrid está perfectamente abastecido de artículos de primera necesidad*»<sup>1</sup>. En los primeros días de agosto el abastecimiento todavía no es un problema, pero ya en la segunda semana empiezan a escasear algunos productos de primera necesidad. También en estas fechas, Madrid se queda a oscuras por la noche, reduciéndose la intensidad de la luz de las farolas a partir de las diez de la noche, y apagándose completamente a las doce. Otro factor se une al agravamiento del aprovisionamiento de víveres, la carestía, los precios suben a diario y muchos artículos comienzan a poder conseguirse solamente en el mercado negro. En este mes comienzan ya a llegar a Madrid artículos procedentes de la solidaridad internacional<sup>2</sup>. A pesar de estas aportaciones, el abastecimiento empieza a no ser suficiente, y la distribución solamente es medianamente adecuada, cuando se decreta una bajada de precios o llega un cargamento extraordinario, llegando a abrir los comercios incluso en domingo.

---

<sup>1</sup> ABC, 26 de julio de 1936.

<sup>2</sup> La llegada de los envíos solidarios eran publicitados y celebrados continuamente por todos los medios.

A finales de verano se empezaron a tomar medidas para garantizar el abastecimiento de pan, incautando todo el trigo excedente de las provincias limítrofes, si no se entregaba voluntariamente, ante la falta de harina. El resto de los productos llegan desde las huertas valenciana y murciana. Aún era posible encontrar, sin racionamiento y en cantidades suficientes, arroz y algunas legumbres como garbanzos y lentejas. Las autoridades republicanas comprendieron rápidamente que de la solución de los problemas de abastecimiento, iba a depender el éxito de la defensa de la capital. El alcalde, Pedro Rico, concede una entrevista a ABC, bajo el titular «*HEMOS HABLADO CON EL ALCALDE*»<sup>3</sup>, en ella intenta tranquilizar a la población, solicita a los madrileños sólo adquieran lo necesario para el consumo diario y no acaparen víveres. Garantiza que el suministro se restablecerá “*en breve*” volviendo la normalidad a la capital y desaparecerán las molestas colas ante los comercios. De las declaraciones del alcalde, se intuye que ya es importante la escasez de algunos artículos, también se puede deducir el aumento de la carestía. Esas colas a las que hace referencia el alcalde en esta entrevista, que se perpetuaron durante toda la guerra, empezaron a formarse en agosto, al principio de forma esporádica ante la ausencia de productos concretos, o debidas a rumores de un futuro desabastecimiento, pero como pronto escasearon todos los productos las colas se generalizaron. En cuanto llegaba algún producto a un comercio, la voz corría por el barrio, organizándose de inmediato una larga cola ante los establecimientos. La prensa alabó constantemente en sus noticias, editoriales y comentarios, la corrección, paciencia y disciplina de los madrileños en las largas hileras en las que formaban para conseguir alimentos. Pero no era esta una imagen que complaciera a las autoridades republicanas, en la segunda quincena de septiembre se intenta acabar con las colas, prohibiendo acudir a los comercios antes de su hora de apertura y estableciendo un sistema de números. La medida resultó un fiasco: los madrileños organizaron nuevas colas, esta vez para conseguir los números, incluso se generó un nuevo tipo negocio: la reventa de números.

Ya el 28 de septiembre de 1936 las organizaciones políticas empiezan a percatarse de que el suministro de Madrid va a ser un problema mayor del que pensaban al comienzo de la guerra, en la Comisión Nacional de la UGT se reconoce que los pueblos de los alrededores de Madrid no tienen la capacidad necesaria para abastecer a la capital y que la llegada masiva de refugiados que huyen de las poblaciones tomadas por los

---

<sup>3</sup> ABC, 15 de septiembre de 1936

sublevados sólo contribuye a que las reservas alimenticias sean consumidas más rápidamente, por lo que consideran que las distintas federaciones regionales, especialmente las de Levante, debían organizar el suministro a Madrid, de forma que continuara siendo como antes de la guerra, y comienza a plantearse la evacuación de los no combatientes como solución al desabastecimiento.

En los primeros meses de la guerra, el sistema generalizado por el que se suministraba alimentos a la población, son los vales, repartidos por partidos, sindicatos y organizaciones, y que se podían canjear en las tiendas por artículos de primera necesidad. Los más habituales eran los vales del Ayuntamiento de Madrid que tenían un valor de 50 céntimos. Este sistema hacía que fueran habituales los abusos y los tratos de favor, además creó conflictos de competencias entre las múltiples y diversas entidades, instituciones, organismos, partidos y sindicatos que actuaban en Madrid, solapándose en las funciones a realizar. Para solucionar este problema, en un intento de lograr una mayor coordinación el gobierno creó el Comité Popular de Abastecimientos, compuesto por los partidos del Frente Popular a los que se unía la acción ejecutiva de los sindicatos, pero siguieron existiendo otras organizaciones con competencias en el abastecimiento, como la corporación municipal, que desempeñaba funciones idénticas. Al trasladarse el gobierno a Valencia se creó un nuevo organismo, la Consejería de Abastecimientos de la Junta de Defensa de Madrid, sin que desaparecieran los demás. El abastecimiento de Madrid se desarrollaba en un clima de desorganización que era fiel reflejo de los problemas de poder que en esos momentos impedían el correcto funcionamiento de la España republicana. La pugna de poderes entre los diversos organismos no fue ocultado por la prensa, esta pugna llegó a límites que rozaban el ridículo, como fue la realización en el mes de octubre de dos padrones al mismo tiempo, uno del Ayuntamiento y otro del Comité, en previsión de la creación de una cartilla de aprovisionamiento, mientras, la población seguía estos sucesos con una mezcla de asombro y confusión.

Otro producto se suma a las cada vez más numerosas carencias, el tabaco, lo hay gratis para los combatientes, heridos de guerra y las columnas que se dirigen al frente, el resto de la población deberá pagarlo, el tabaco a lo largo de la guerra llegará a ser un artículo de autentico lujo. En octubre se iba a unir una nueva restricción, el agua, cuyo suministro se cortaba en los domicilios particulares desde las diez de la noche hasta las ocho de la

mañana, franja horaria que se amplió posteriormente estando los madrileños sin agua desde las cuatro a las ocho de la tarde, y de las diez de la noche a las nueve de la mañana.

En noviembre se define el frente en Madrid y los apuros se agudizan, los lejanos combates de Andalucía, Extremadura o el Tajo llegan a las puertas de la ciudad, fusionándose el frente con la retaguardia. Tras el traslado del gobierno a Valencia en los primeros días de noviembre ya no será tan eficaz la ocultación de noticias en la prensa ni la propaganda. El pan se convierte en un problema acuciante, llegando hasta tal punto que los panaderos publican una nota en la prensa, informando que se ampliaba la jornada laboral y que dejaban de producirse las piezas más pequeñas y aquellas clases de pan que «*entretengan la producción*»<sup>4</sup>. Si mal estaba el pan, peor estaba conseguir carne o pescado, por no hablar de otros alimentos menos básicos. De las 100 toneladas de carne/día que necesitaba Madrid para alimentarse sólo llegaba una cuarta parte y algunos días solamente la decima parte, de pescado las necesidades se cifraban en unas 30 toneladas/día de las que entraban de vez en cuando de 2 a 3 a lo sumo. La mayoría de los periódicos comienzan a dedicar atención al problema de la carestía y escasez de las subsistencias, y a la necesidad de buscar soluciones rápidas y efectivas a lo que es ya motivo de inquietud y agobio en muchos hogares por la codicia de unos, por la irregularidad con que se efectúan los abastecimientos y por el temor de que el mal se agrave todavía más.

En noviembre de 1936 la Junta de Defensa intentó que comités, cooperativas, gestoras de ayuda, sindicatos, industriales, comerciantes, etc., declararan sus existencias, además de reservarse el derecho de control y centralización de los abastecimientos, evitando de esta forma los acaparamientos, finalmente tuvieron que asumir su fracaso por los escasos resultados de estas disposiciones.

El problema de la falta de víveres se agrava día a día y se le añade la falta de combustible, llega el invierno y contra el frío no hay madera, carbón, ni combustible para resistir el duro invierno que se cierne sobre la ciudad, las pocas existencias de carbón y madera que hay en Madrid quedan bajo el control de la Consejería de Abastos que decreta su racionamiento. A Madrid llegaba la insuficiente cantidad de 100 toneladas diarias, alentando el ingenio de los madrileños que queman para poder calentarse los objetos más variopintos. Tampoco ayudaban a combatir el frío las decisiones del gobierno, que en ese invierno ordena que cada

---

<sup>4</sup> El Sol, 8 de noviembre de 1936.

persona que tenga más de un colchón y dos mantas debía entregar el resto para los milicianos, en caso de no donarlos voluntariamente, serían requisados.

A finales de 1936 también escasea el papel, lo que obliga a limitar el número de páginas de los periódicos, semanarios y revistas. El cumplimiento o incumplimiento de la medida enfrenta a los medios, a mediados de diciembre ABC se defiende de las acusaciones de otros medios –especialmente del periódico de la CNT- de que incumple la normativa en cuanto a la cantidad de páginas, acusación de la que este diario rebate al considerar que al ser pequeño su formato tienen derecho a más páginas que los diarios tamaño sabana. A lo largo de 1937 algunas revistas no pudieron salir a los kioscos por falta de papel, informando de esta circunstancia a sus lectores por medio de los diarios.

A finales de año, ante al empeoramiento del abastecimiento, un responsable del Parque de Intendencia, Remigio Herrero, realiza un informe sobre el problema del transporte, problema más fácil de resolver de lo que parece, bastando, en su opinión, con un poco de buena voluntad por parte de todos los implicados. Para conocer el problema de primera mano, se desplazó a Quintanar de la Orden. Allí comprueba que hay una gran cantidad de vagones parados llenos de víveres *“muertos de risa”*, lo que probaba según Herrero *“Una carencia absoluta y vergonzosa de organización”*. La solución que planteaba era la siguiente: no enviar camiones a las estaciones intermedias, sino hacer llegar los trenes cargados de víveres a las estaciones de la capital y que fuera allí donde se distribuyeran; un mayor control de los cargamentos de los trenes avisando los jefes de estación a las autoridades madrileñas de los convoyes que llegaban a sus estaciones, información que en aquellos momentos no existía, para regular mejor el abastecimiento de Madrid; impedir que cualquier organismo, tanto particular como político, pudiera, como estaba ocurriendo, llevarse *“lo que le diera la gana”*, estableciendo una rígida vigilancia. Su sorpresa se torna en indignación cuando pregunta al jefe de estación cuantos de aquellos vagones estaban destinados a Intendencia, a lo que el jefe de estación responde *“que no sabe nada, ... que hace quince o veinte días que están entrando con destino a Intendencia un chorreo de vagones”*, de los que se hace cargo *“un tal Matos que dice llamarse Comisario de Guerra”*. La respuesta del tal Matos cuando se le cuestiona sobre porque disponía él de aquellas mercancías es realmente surrealista, aunque Herrero lo tacha de *“irresponsabilidad sentimental o de justificación para su permanencia en la*

*retaguardia*”, el supuesto Comisario de Guerra organizaba las mercancías como lo hacía porque: “... *Madrid tenía hambre y cuando el mandaba algo no miraba si era de Intendencia o de Pedro el de los Palotes*”. Lógicamente Herrero le conminó a que en el futuro no se tomara atribuciones a las que no estaba autorizado y que respetara y agilizará el envío a Madrid de las consignaciones de Intendencia, donde las recibía otro “*camarada*” que al parecer actuaba con la misma irresponsabilidad que el citado Matos.

A comienzos de 1937 la situación casi es desesperada para una población que ya está sumergida o al borde de la hambruna, el abastecimiento a la capital era cada vez más deficiente. En enero se decide que alimentos sólo podrán ser adquiridos por medio de receta médica, entre ellos: carne, pescado, huevos y azúcar. Los únicos alimentos disponibles en cantidades aceptables eran las patatas, frutas y verduras, y sólo en abundancia arroz y naranjas. La prensa comienza a hacerse eco de las enormes desigualdades entre unas y otras zonas de la República en cuanto al abastecimiento, así como de la descoordinación del mismo. Ante la difícil situación la Junta Delegada de Defensa de Madrid intenta tranquilizar a la población, declarando que las colas para adquirir pan son innecesarias, porque la Junta tiene aseguradas sus existencias para mucho tiempo. También declara que de acuerdo con el Ayuntamiento se realizara una poda dirigida por personal técnico municipal, para cubrir la falta de carbón.

La falta de controles efectivos por parte de las autoridades hizo que creciera la picaresca. Los que marchaban al frente mantenían vigente su cartilla de abastecimiento ayudando así a mejorar la alimentación de su familia, también continuaban en vigor las cartillas de los familiares que fallecían por enfermedad, vejez o en un bombardeo, las autoridades animaban a denunciar esta utilización fraudulenta de las cartillas; pero los madrileños opinaban que no era “*cuestión de marear a la autoridad*” dando de baja una cartilla; era afortunada la familia que tenía a uno de sus miembros destacado como miliciano en los servicios relacionados con el tránsito de vehículos entre Madrid y Valencia, o trabajaba en una industria de guerra esencial; en la misma situación estaban aquellos que tenían un familiar o amigo médico y lograban de esta forma recetas, o los que disponían de suficiente dinero para acudir al mercado negro.

En enero de 1937 la Junta de Defensa en una disposición exponía la firme voluntad de regular y racionalizar la entrada de alimentos. Para ello dos organismos se encargarían de la tutela de los abastecimientos, cada uno

con un ámbito de actuación definido: la Comisión Provincial de Abastecimientos y la Intendencia militar, que serían los únicos organismos competentes en la compra de alimentos. La rigidez de la medida fue duramente criticada, con el argumento de que no era conveniente suprimir el abastecimiento a quien pudiera obtenerlo por su cuenta; la Junta cedió y días después se flexibilizaba la orden permitiendo que otros organismos colaboraran en el abastecimiento, aunque siempre con la autorización de los dos citados.

Un bando de mediados de febrero de 1937 intenta también acabar con las colas y obtener un mayor control en la distribución de víveres, se asignaba a cada tienda de Madrid 600 cartillas numeradas y selladas, de manera que se abastecería solamente a las 600 primeras familias o individuos que se hubieran adscrito al establecimiento, sin poder hacerlo en otro. La Junta continuó intentando centralizar todo lo referente a los abastecimientos, para ello impuso, como única forma de aprovisionamiento, las cartillas de racionamiento, utilizando las tarjetas creadas por el Ayuntamiento. En las cláusulas de dicha cartilla, se especifica que los víveres se adquirirán en el establecimiento elegido por el titular, si no estuviera abierto o careciese del producto solicitado, podrá adquirirse en otro comercio del mismo distrito. Sólo se permitía una compra al día, la Consejería de Abastos fijaría la clase y cantidad de alimentos que se podrían adquirir. Como apoyo a esta medida la Junta de Defensa estableció que las compras de víveres las realizara solamente el gobierno, encargándose la Junta de su transporte y su reparto "*equitativo*", este reparto incluía además de las tiendas, comercios y cooperativas (encargadas de hacer llegar los víveres a la población), a las organizaciones y entidades colectivas (que los hacían llegar a sus afiliados). Era un plan bien intencionado, que además de resolver el desabastecimiento, intentaba acabar con la especulación y el mercado negro, que pasaban a ser considerados como atentados contra el pueblo y no sólo meros delitos. Las cantidades fijadas por persona y día que se podían adquirir habrían sido suficientes para alimentarse si se hubieran podido comprar. Como medida complementaria anteriormente se había decretado la disolución de los múltiples comités de abastecimiento que funcionaban en la capital, medida que finalmente resultó más publicitaria que efectiva.

La subalimentación comenzó a provocar tensiones y a mermar la moral. Un ejemplo del aumento de la crispación se produjo por el rumor de que Madrid se iba a quedar sin pan a no mucho tardar. Este rumor se debió a que la Gerencia de Panaderos hizo pública una nota en la que se indicaba que las fábricas de harinas

debían tener provisiones para dos meses, pero que las reservas se habían agotado, el rumor aumenta y provoca una mayor adquisición de pan, acaparándolo por encima de las necesidades, ante la posibilidad de que desaparezca de las panaderías, el Consorcio de panaderos se vio obligado a publicar una nueva nota para tranquilizar a la población. La gravedad del problema fue tal que tuvo que intervenir para solucionarlo el general Miaja. Se solucionó durante un tiempo el problema del pan, administrando las autoridades el trigo, pero continuaba la falta de otros alimentos, como la carne, las patatas o el aceite. El pan volverá a ser protagonista en marzo de ese año, reduciéndose su racionamiento, de manera que, cada persona podría adquirir 300 gramos de pan al día. Las autoridades intentan tranquilizar a la población afirmando que se trata de una medida provisional, acusando de la situación a la falta de transporte y a los acaparadores, aunque, finalmente, el problema continuó y hubo que ampliar el tiempo de racionamiento. La prensa protestó por estas medidas, y exigió que el reparto fuera similar todos los días y sin arbitrariedades, que se fabricara debidamente y que las barras tuvieran el peso fijado.

Al final del primer invierno de la guerra, el frío, el hambre, los bombardeos y los cañonazos van de la mano en Madrid. Las raciones son ya entonces ridículas, insuficientes en calorías y proteínas, alimentos básicos como el pescado se convierten en manjares exóticos, desapareciendo prácticamente de la dieta de los madrileños. La situación del transporte se había complicado tras la batalla del Jarama -fue uno de los motivos del desabastecimiento de pan de principios de marzo-, cuando se complicó la comunicación directa con Valencia tanto por carretera como por ferrocarril, la consecuencia es que el suministro a Madrid se hizo laberíntico. Además comenzó a detectarse un alarmante incremento de enfermos con derecho a receta médica para obtener leche, carne, pescado, huevos o azúcar, lo que provocó las quejas de los madrileños y las denuncias en la prensa, que exigían a las autoridades investigaciones minuciosas que acabaran con los "*falsos enfermos*"<sup>5</sup>.

A finales de febrero de 1937 el Gobierno intenta retomar las riendas del problema del abastecimiento, para ello toma una serie de iniciativas, para reconducir la situación, especialmente en Madrid. A comienzos de marzo se daba a conocer el primer paquete de medidas, todas ellas de carácter urgente: ordenar a la Comisión

---

<sup>5</sup> ABC, 10 de marzo de 1937.



Nacional de Abastecimientos que, hiciera llegar de inmediato a Madrid los vagones de víveres que tenía en estaciones intermedias, conceder a la esta Comisión las divisas que necesitase para la importación de todo lo necesario, también se estudio la conveniencia de crear un plan de compras gestionado por el Ministerio de Comercio y cada uno de los ministerios implicados. El 9 de marzo la Gaceta publicó, una orden del Ministerio de Comercio, disponiendo que las funciones de abastecimiento en cada provincia pasaran a depender de los Consejos provinciales, y en cada localidad, de los Consejos municipales, disolviendo todos los organismos que venían cumpliendo esta misión. Aplicando la normativa gubernamental que entregaba el control del abastecimiento a las corporaciones provinciales y municipales, el nuevo Ayuntamiento, creado el 23 de abril de 1937 y presidido por Rafael Henche sería el encargado de la centralización del reparto de víveres, tal y como era habitual antes del 18 de julio de 1936, pero las primeras medidas que tomó el consistorio no gustaron a casi nadie y suscitaron diversos juicios en la prensa criticando el dirigismo pretendido por el consistorio: «...o se come con el marchamo municipal o no se come», no era bien recibido el proyecto de prohibir adquirir víveres a las cooperativas y comedores colectivos, así como los registros de los vehículos particulares en busca de alimentos adquiridos fuera de Madrid, denunciando que parece que el Ayuntamiento busca incrementar las colas que: «Son las únicas cosas que existen aquí nutridas y abundantes», por medio de la creación de “aduanas” municipales que intentaban evitar que tuvieran un mejor suministro aquellos vecinos que disponían de un medio de transporte privado<sup>6</sup>.

En abril los madrileños, que comienzan a desesperarse, creen ya en cualquier promesa, se escrudiñan los periódicos en busca de repartos extraordinarios de víveres. V. Huelamo dirige una carta al director del ABC, quejándose de una fotografía, en cuyo pie se anunciaba la llegada de una partida de huevos que se repartiría entre los hospitales y la población civil. La queja se debía a que la fotografía, aunque era autentica, correspondía a otras fechas, y esto, en otras circunstancias –se quejaba amargamente el señor Huelamo– «tendría importancia, pero hoy, cuando por diversas causas existen enormes dificultades para abastecer a la población doliente, no se puede hacer uso de una foto que ha sido tomada en enero, y que no tiene otro valor que el de hacer concebir ilusiones infundadas a la población»<sup>7</sup>. En su respuesta el director del periódico,

---

<sup>6</sup> ABC, 23 de mayo de 1937.

<sup>7</sup> ABC, 12 de abril de 1937.

Efidio Alonso, reconocía el error y se justificaba ante el señor Huelamo comunicándole que para estos artículos empleaban a fotógrafos contratados, y en este caso se había publicado la imagen sin comprobar su veracidad.

«Un nuevo sacrificio del pueblo madrileño. En el día de hoy no habrá pan»<sup>8</sup>, con esta noticia se despertaban los madrileños a principios de mayo. La situación no mejoró y a finales de mes la prensa denuncia que la harina, “como la risa”, iba por barrios<sup>9</sup>, criticando amargamente la gestión del suministro en Madrid. Se toman medidas como sancionar a los establecimientos que cerraban sus puertas durante las alarmas aéreas.

El asunto del transporte seguía siendo la mayor preocupación de las autoridades madrileñas. En julio tiene que dirigirse el ministro de la Gobernación al director general de transportes, a petición del consistorio madrileño, para solicitarle que el jefe de la base naval de Cartagena ponga a disposición de las autoridades que lo precisen el excedente de vagones de tren que había en dicha base para poder transportar el trigo almacenado en Valencia con destino a Madrid, el director general de transportes responde días después indicando que él no puede hacer nada en este asunto, al depender del General Jefe de Ejército de aquella zona. Informaciones como esta no hacían más que aumentar la amargura de los madrileños. Los diarios comenzaron una campaña paralela publicando «por su interés comparativo» las notas de la Consejería de Abastos de Barcelona sobre el reparto y los precios de los alimentos. La campaña no acababa aquí, comparando los periódicos los precios pagados en Valencia y Madrid, que podían ser hasta veinte veces más bajos<sup>10</sup>. Sobre el asunto del transporte, en junio de 1937 la Federación Nacional del Transporte de la UGT hacía llegar un informe a la Comisión Ejecutiva de dicho sindicato en el que se detallaban las causas de la mala organización del transporte que tanto estaba afectando al abastecimiento de Madrid. En él se solicitaba la depuración de todos los mandos incorporados después del 18 de julio de 1936; el reexamen de todos los conductores que han obtenido el permiso después de esa fecha; la requisa de los vehículos que fuera necesario hasta cubrir las necesidades de transporte; incrementar la disciplina a los conductores; establecer depósitos intermedios en las rutas de transporte para evitar que los vehículos transitaran vacíos; prohibir que en dichos vehículos viajaran

---

<sup>8</sup> La Libertad, 5 de mayo de 1937

<sup>9</sup> ABC, 27 de mayo de 1937.

<sup>10</sup> A partir de este mes se publicaban las notas de las Consejerías Catalanas y Valencianas en la prensa madrileña, acompañadas en ocasiones de aclaraciones o semiaclaraciones.

particulares quitando espacio para la carga; la creación de talleres en puntos estratégicos para acortar el tiempo de las reparaciones; castigar severamente a los conductores que no justificasen las averías de sus vehículos; intensificar el desguace de vehículos inservibles y adquirir en el extranjero las piezas necesarias para la reparación de los vehículos; y mejorar la coordinación de la distribución de combustible.

En estas mismas fechas el Partido Comunista realizaba un estudio comparativo sobre la evolución de los precios desde el comienzo de la guerra hasta esos momentos, en este estudio se analizaban los precios de varios productos en distintas provincias. En él se aprecia el aumento de muchos alimentos, siendo su precio de coste en julio de 1937 igual cuando no superior al de mercado en julio de 1936. A los datos de este estudio se unía un informe sobre la cuestión, en el que tras informar sobre los precios al comienzo del conflicto, hay una constatación de que en los primeros días de guerra bajaron los precios, debido al pánico que se creó, comenzando a subir desmesuradamente a partir del mes de noviembre al crecer la demanda y por la *“multitud de tratantes mejor o peor documentados por Comités municipales”* que negociaban las compras. Otro factor que contribuyó a la subida de los precios no sólo de la carne sino de todos los productos de primera necesidad fue una práctica que se convirtió en habitual: *“...ofreciendo al campesino operaciones de intercambio de unos y otros productos, fijando, libremente, cada uno de los oferentes, en estas operaciones de trueque, los artículos que cada uno poseían y los precios de los mismos, produciéndose con ello una considerable elevación de todos los productos intercambiados”*. En estos trueques intervenían todo tipo de organizaciones políticas y oficiales municipales y provinciales, incluso de algún ministerio. Acusaba el informe a Cataluña como la región que más había contribuido a esta escalada en la subida de los precios, a pesar de las actuaciones de la Junta Nacional de Abastecimiento. El PCE ampliaba su información con otro informe en el que se analizaba el grave problema del abastecimiento a la población civil, en el que se reconocía que era imposible enumerar la cantidad de circunstancias que habían contribuido para llegar a esta situación, aún así citaban las más importantes: dificultades en el transporte, disminución de la mano de obra en el campo por las quintas, falta de abonos y especulación, para conseguir la solución solicitaban medidas extraordinarias por parte del Gobierno. Entre sus propuestas para solucionar el desabastecimiento destacan las siguientes: El abastecimiento debía ser dirigido por el estado no pudiendo dejarse a la iniciativa particular; ante la imposibilidad de controlar y dirigir la producción necesaria, garantizar sólo los productos indispensables.

Entregar al ejército las mismas cantidades que a la población, dependiendo del Ministerio de Defensa el resto de lo que necesitaran. La coordinación entre la Dirección de Abastecimientos y el Ministerio de Agricultura como única garantía de cumplimiento de este plan. Intervención estatal y control absoluto de las cosechas. El Ministerio de Hacienda debería proveer del dinero necesario para las importaciones. Organizar la coordinación con los diferentes organismos encargados del transporte. Creación de almacenes que garantizaran la rápida distribución a la población sin crear almacenajes innecesarios. Como colofón a estos análisis e informes, el PCE realizaba un proyecto de abastecimiento, para el cálculo de la población utilizaba datos de un estudio que poco antes había realizado el Servicio de Estudios Económicos del Banco de España, según el cual la población de Madrid en el verano de 1937 era de 1.435.000 habitantes. Posteriormente se calculaba las necesidades alimenticias anuales de cada provincia bajo control republicano y la capacidad de producción que tenía cada una, el resultado arrojaba los déficits y superávits de cada provincia, y establecía como distribuir estos últimos. Madrid era deficitario en todos los productos y necesitaba aportaciones tanto de las provincias en las que existía superávit como procedentes de la importación, como ejemplo: en Trigo el déficit era de 1.891.258 Qm. que debía ser enjugado por Guadalajara, Toledo y Cuenca.

Los conflictos entre organizaciones solidarias, tanto extranjeras como nacionales, también contribuían a dificultar el suministro de alimentos a la población, el 28 de julio se encontraba detenida, en Marsella, una partida de 20.000 Kg de jamón enviados por el FSI, al no aceptar esta organización tener que solicitar la autorización para su transporte a España al Comité Central de Ayuda a España. También creaban confusión y desconfianza, entre los ciudadanos de la España republicana que querían aportar algún tipo de ayuda para Madrid, la gran cantidad de organizaciones que se crearon con esta finalidad. En mayo el Ayuntamiento de Barcelona tuvo que defenderse de las acusaciones de competencia que hizo el Comité Permanente de Ayuda a Madrid. Desde el inicio de la batalla de Madrid en Barcelona se crearon numerosas organizaciones, políticas y particulares, que informaban de sus campañas de recogida de donativos en la prensa, se llegó a tal desbarajuste que los barceloneses perdieron la noción de cuantos organismos recolectaban para Madrid, como este confusionismo llevó a la desconfianza a los posibles donantes (en ocasiones no sin justificación), con el evidente perjuicio para los madrileños.

La indignación alcanza a las autoridades madrileñas, en agosto, el alcalde, Rafael Henche, habló en un mitin, en el cine Pardiñas sobre el abastecimiento de Madrid y sobre *«las monstruosidades que no pueden tolerarse un día más»*: *«Madrid atraviesa un momento delicado y apenas come... los sindicatos de la CNT y de la UGT no permiten que salgan cuarenta millones de kilos de arroz si no se les paga a unas cincuenta pesetas el kilo... Madrileños, pueblo de Madrid, España entera: mucho auxilio a Madrid, mucho heroísmo el de Madrid; pero a Madrid se le ayuda a matarle de hambre poniendo las patatas en Murcia a noventa y cinco céntimos, Madrid prefiere morir de hambre que enriquecer... (la atronadora ovación no dejó escuchar el final de la frase)»*<sup>11</sup>.

El gerente del Consorcio de Panadería, Felipe García, explicaba, a finales del verano, sobre la composición del pan que consumían en esos momentos los madrileños, el mismo estaba compuesto por una mezcla, en la que la harina suponía entre un 82 y un 84% (cantidad mínima recomendada facultativamente), aunque no especificaba el resto de ingredientes de la mezcla, si reflexionaba sobre si el resto de la España republicana consumiera el mismo tipo de pan que los madrileños, el ahorro diario sería de cien mil kilos de harina, con lo que se solucionaría el problema del pan. En las mismas fechas, se manifestaba un consejero municipal de Abastos, José Alonso, quien si bien se mostraba satisfecho de las cantidades repartidas durante el verano de 1937, no ocultaba las dificultades que tenían que afrontar habitualmente debido a los intereses de las muchas organizaciones implicadas en el abastecimiento, además de tener que abastecer a los hospitales, a las brigadas de fortificación, comedores colectivos, etc.; y de procurar almacenar víveres en previsión de *“días peores”*. Pero Alonso concretaba en tres aspectos el empeoramiento del abastecimiento a Madrid en aquellas fechas: Las operaciones militares (avance en Villanueva de la Cañada) que precisaron la colaboración del consistorio madrileño para abastecer a las tropas, hasta casi agotar los depósitos municipales; la falta de medios de transporte, por lo que habían entrado en Madrid la mitad de los suministros necesarios; y la poca respuesta de la población a las campañas de evacuación.

En septiembre de 1937 parece ser que la situación mejoraba, aunque no al ritmo deseado por las autoridades madrileñas, en el pleno del Ayuntamiento del día 10, el responsable de Abastos, Briones, informó sobre las

---

<sup>11</sup> ABC, 12 de agosto de 1937.

mejoras conseguidas gracias a las medidas del gobierno, afirmando que el abastecimiento estaba garantizado para tres o cuatro meses, reconocía que aún existían dificultades, como en el caso de Murcia que no facilitaba el envío de huevos a Madrid. El alcalde también detalló algunas de las medidas tomadas como la requisita de vehículos particulares o la cesión por parte del ministerio de Defensa de los vehículos que no utilizaba; así como la evacuación obligatoria de los funcionarios y pensionados del Estado.

En octubre la situación se hizo insostenible, el presidente del Gobierno, Negrín, tuvo que convocar una reunión de la Junta Central de Abastecimientos, para intentar solucionar definitivamente el problema del abastecimiento, las conclusiones de esta reunión no pueden ser más esclarecedoras: realmente en el territorio de la República había suficientes recursos para alimentar tanto a los combatientes como a la retaguardia, de hecho había localidades en las que habían grandes excedentes de alimentos, mientras en otras existía una escasez total, el problema era una distribución insuficiente. Para solucionar de forma definitiva el problema del abastecimiento se decidió unificar los servicios de Intendencia Militar y los de abastecimiento de las ciudades. Esta medida no tuvo el efecto deseado, y tan sólo dos meses después el Gobierno republicano tuvo que buscar otras formulas para solucionar el desabastecimiento. Se estudió las necesidades del ejército y de la población, así como la producción de la zona republicana y las posibilidades de importación de productos de primera necesidad. Se creó un cuerpo de agentes de compras dependientes de la Dirección General de Abastecimientos, eliminando a la multitud de compradores, tanto privados como oficiales, que recorrían la zona republicana en busca de víveres, y que con la competencia que se hacían sólo contribuían a elevar los precios. Se subordinó a las consejerías de Abastecimientos de los Consejos Provinciales y Municipales a la Dirección General, con absoluta dependencia de la misma, para que de esta forma sólo se aplicara la política general de abastecimientos del Gobierno. De nuevo se hablaba de una organización eficiente del abastecimiento y de que los mayores esfuerzos se dedicarían a mejorar el abastecimiento de Madrid, ejemplo para el resto de la España republicana. Para reforzar las medidas a finales de febrero la Dirección General de Abastecimientos decide elevar los precios de compra a los campesinos para estimular de esta forma la producción, y constituir una oficina de precios y salarios.

En octubre, la falta de papel ya es acuciante, por lo que el Ministerio de Hacienda y Economía, publicó una orden en la Gaceta prohibiendo que se sacara de Madrid «*cualquier clase de papel viejo, recortes y papelotes, así como toda clase de trapos*»<sup>12</sup>. Todo este material sería destinado a las dos fábricas de papel que existían en Madrid. Era tal la escasez que el Ayuntamiento solicitó al Gobierno la reducción del precio del papel para los periódicos madrileños.

La población, mientras tanto, ante la incapacidad de las autoridades para garantizar un mínimo abastecimiento, intentaba obtener por otros medios lo que no conseguía por los canales habituales. Lo que se obtenía en las colas se completaba con los canjes que realizaban cientos de mujeres, que se desplazaban a las localidades de los alrededores para cambiar prendas de vestir, alhajas y dinero por huevos, patatas o carne, resultaba más asequible esta forma de cambio, que acudir al mercado negro. Estos desplazamientos solían ser a pie, y rara vez en coche o en tren, como en el popularmente conocido como del “*hambre*”, que se dirigía a Arganda. Quienes se abastecían de esta forma fuera de la ciudad tenían que burlar, la vigilancia establecida en las estaciones y en las carreteras, que intentaban perseguir a todo aquel que entraba en la ciudad con bultos con un cargamento de peso superior a 15 kilos.

Para intentar paliar el hambre, las madrileñas crearon la “*nueva cocina de guerra*”, que incluía las fuentes de alimentación más variadas, incluso algunas reservadas hasta entonces sólo para el ganado como la alfalfa o las bellotas, y cuando hasta estos productos escasean, se recurre a todo tipo de sustancias: raíces, frutos silvestres, todo tipo de hierbas, mondas de naranjas o patatas y cardos borriqueros, incluso se elaboran las tortillas sin huevo. Todo servía para combatir el hambre. Posteriormente se fueron añadiendo nuevos ingredientes en la alimentación diaria: semillas, boniatos, chufas y pipas de girasol. La nueva cocina de guerra alentó la imaginación ante los fogones, el menú se componía de recetas realmente inverosímiles: purés de algarrobas, cacahuets guisados, tortillas de patatas hechas con papilla de harina y sin huevos, bellota o cebada tostada y cáscaras de cacahuets con sacarina para sustituir el café con azúcar.

En el pleno extraordinario de la Comisión Nacional de la UGT, celebrado del 27 al 30 de octubre de 1937 el sindicato socialista volvía a analizar el problema del abastecimiento a la población civil, acordando varias

---

<sup>12</sup> La Vanguardia, 12 de octubre de 1937

resoluciones sobre el asunto. Con respecto a la producción se acordaron las siguientes propuestas: nacionalización de todas las industrias básicas, centralización de la molturación del trigo y otros cereales, intensificar la producción agraria, y la centralización y coordinación de las industrias nacionalizadas por el Gobierno. También se hicieron propuestas sobre comercio: fomento de las cooperativas, un plan riguroso de importación de los productos indispensables, control riguroso del comercio exterior. No podía faltar el tema del transporte, asunto en el que la solución pasaba por: nacionalización de los ferrocarriles, militarización del transporte por carretera, ofrecía la colaboración del sindicato para solucionar tan grave problema.

A comienzos de noviembre la situación mejoro un poco gracias a la solidaridad internacional y los envíos de otras provincias republicanas como motivo del aniversario del comienzo de la defensa de Madrid. Pero esta mejora no paso de ser un espejismo, volviendo pocos días después la escasez, a los graves problemas de transporte se sumaba el creciente fraude: desvíos de alimentos, robos, recetas falsificadas o extendidas a nombre de familiares y amigos de los médicos, uso de cartillas de personas encuadradas en filas, evacuadas o fallecidas, tráfico de víveres o adulteración de alimentos. Llegando en ese mes a establecer controles en los comedores de partidos y sindicatos más rigurosos, e intentando que no accediera a ellos quien no tenía derecho; como medida suplementaria se analizaban minuciosamente las solicitudes de afiliación para evitar afiliados que lo único que intentaban era garantizarse un plato de comida.

Los fumadores sentían cada vez más la escasez de tabaco: *«La falta casi absoluta de tabaco ha llenado el tranvía de olores insospechados... Como se fuman ahora unos productos tan extraños, no se trata ya del olor del humo del tabaco, al que, poco más o menos estamos acostumbrados, sino de un olor más fuerte e indefinible, como indefinibles son los elementos que entran en la composición de un cigarrillo...»*<sup>13</sup>. La Compañía Arrendataria de Tabacos no tenía materia prima suficiente para fabricar la cantidad necesaria para el consumo, lógicamente el tabaco sufrió también una importante alza en su precio. Como el tabaco prácticamente desapareció, igual que existía una cocina de guerra, los fumadores aguzaron la imaginación

---

<sup>13</sup> Crónica, 5 de diciembre de 1937.



para buscar sustitutos, llegando al punto que el ABC llegó a solicitar que en los letreros de “*Se prohíbe fumar*” se incluyera la palabra “*porquerías*”<sup>14</sup>.

En diciembre, otro conflicto perturbó el ya escaso suministro, 60 vaqueros se negaron a cumplir la orden municipal de entregar toda la producción en Madrid, por lo que el Ayuntamiento tuvo que incautar gran parte de las vacas existentes en la capital. Tres problemas se intentaron solucionar con esta medida: la rebeldía de los vaqueros, controlar el precio de la leche y evitar su adulteración, pues la leche llegaba cada vez más aguada a la población. Los vaqueros fueron detenidos y puestos a disposición de los tribunales, los periódicos llegaron a declararlos los “*más peligrosos enemigos del régimen*”. La siguiente disposición fue muy celebrada por los madrileños, al solicitar el Ayuntamiento la colaboración de los sindicatos para distribuir la leche a 80 céntimos el litro. La firmeza de la actuación con los vaqueros provocó un aluvión de denuncias contra todo tipo de comerciantes que cobraban precios superiores a los fijados.

Los madrileños recibieron 1938 con una comida compuesta por un huevo y una longaniza que, para celebrar el año nuevo, se repartió a todos los beneficiarios de las cartillas de abastecimiento, en pocos domicilios afortunados se pudo degustar algo de turrón. A lo que se suma que no hay manera de encontrar madera o leña lo que obliga a los madrileños a jugarse la vida, recorriendo las casas en ruinas por los bombardeos buscando vigas o muebles, cuya madera ayudara a calentarse. Otro artículo que escaseaba es el jabón, que unido a los cortes de agua y gas, aumentaba el peligro de epidemias, para evitarlas las autoridades sanitarias recomendaban periódicamente vacunarse de tifus. Fue tan intenso el frío de este invierno, que se llegó a solicitar a las autoridades que se permitiera cortar los árboles existentes en la ciudad para que los madrileños pudieran abastecerse de leña. Tras estudiar la propuesta el consistorio se negó asegurando que esta tala provocaría un cambio climático.

En enero de 1938 ya apenas quedaba papel para editar publicaciones, lo que preocupaba a partidos y sindicatos, ya que si desaparecían los periódicos sería más difícil mantener la moral de los combatientes ni responder a las acciones de la quinta columna: «*El papel, arma formidable para la lucha contra el fascismo,*

---

<sup>14</sup> ABC, 21 de diciembre de 1937.

*no debe faltar»<sup>15</sup>*, a partir de este mes los diarios no sobrepasaran las ocho páginas, teniendo verdaderos problemas para poder salir a la calle a finales de año. De hecho el 10 de enero de 1938 sólo se publicó un diario, El Sol, y en sus pocas páginas solicitaba a todos los partidos y organizaciones que mejoraran en lo posible la vida de Madrid. No parece que encontrara mucho eco la petición del diario madrileño, ya que al día siguiente la prensa publicaba varias notas en las que se informaba a la población de Madrid, que, por dificultades en el transporte, la ración de pan diaria volvía a disminuir a cien gramos por persona, también se suprimía todo racionamiento de carácter especial, con la única excepción de los hospitales, a los que se les reducía en un 50% las entregas. Tres días después otra nota en la prensa informaba a los habitantes de la capital de los desencuentros entre los diversos organismos existentes: la Intendencia Militar se negaba a transportar a Madrid los excedentes de patatas de otras provincias.

Llegó incluso a no haber leche para embarazadas y ancianos. La falta de abastecimientos llevo a que muchos comedores colectivos tuvieran que suspender temporalmente la entrega de comidas. La Junta de abastos llevo a un acuerdo con los campesinos levantinos, intentando paliar la falta de alimentos, para comprar más frutas y verduras, mientras, se tomaban medidas, como incrementar la búsqueda de mataderos clandestinos. Durante un par de meses la situación se alivio un poco, estabilizándose la ración de pan en 150 gramos, repartiéndose durante unos días sardinas prensadas, algo de carne congelada y hasta 100 gramos de carne fresca, tras este corto respiro se volvieron a apoderar del mercado la especulación y el desabastecimiento.

Durante la primavera de 1938 el desabastecimiento es insoportable, en Madrid la alimentación se reduce a escasas cantidades de arroz, judías y lentejas, a las que el gracejo madrileño bautiza como *“píldoras del doctor Negrín”*, acompañadas por cualquier producto, por extraño que fuera, mínimamente masticable. No es la única muestra del humor madrileño, que en tono guasón, comentaban el detalle de las autoridades de distribuir las legumbres con carne, al venir estas con *“bichos”* además de piedras que había que retirar antes de cocinar. La situación llegó a ser tan desesperada que La Voz llegaba a preguntarse: *« ¿Pero es que no queda nada en las huertas de la República? »*.

---

<sup>15</sup> El Sol, 15 de octubre de 1937.

Las medidas de las autoridades daban cualquier resultado menos el esperado. El Ayuntamiento compro en el mes de junio 155 vacas lecheras y 1.226 ovejas, que se trasladaron a la Casa de Campo. Se produjo un extraordinario hecho, que motivó la convocatoria de un pleno extraordinario: cuando el rebaño iba a ser conducido hasta los mataderos desapareció. Las indagaciones para dar con el paradero de las reses fueron infructuosas, eso sí, al parecer, en el mercado negro se encontró carne en las fechas siguientes con mayor facilidad. El Gobierno no dispone casi de margen de maniobra, el Ministerio de Economía y Hacienda hace desesperados intentos para estabilizar los precios y organizar dentro de lo posible el aprovechamiento de los escasos recursos disponibles, tal era la cantidad de productos afectados que no era posible publicarla integra en los periódicos.

La población tiene que enterarse de los repartos de víveres por medio de los anuncios en los periódicos –que se pasaban de vecino a vecino- y la radio, y lógicamente tenía que estar alerta para acudir a los puntos de reparto y no quedarse sin los ansiados alimentos. Lo cierto es que las autoridades hacían ímprobos esfuerzos para abastecer a la población de los productos de primera necesidad, entre los que se incluye el pan, cuya ración se estabiliza en 100 gramos. El 8 de junio ABC publica un anuncio en el que se estipula las raciones de carne y tocino, envasadas en botes, que se repartirán en la capital: *«cartillas de una persona, cien gramos de tocino; de dos personas, doscientos gramos de tocino (cien gramos por persona); de tres y cuatro personas, dos botes de carne de buey de cuarto de kilo; de cinco y seis personas, un bote de carne de Irlanda; de siete y ocho personas, un bote de carne de buey de de un kilo; de nueve y diez personas, un bote de carne de buey de un kilo y uno de cuarto de kilo»*<sup>16</sup>. Cantidades claramente insuficientes, lo que lleva a la población a pasar hambre, no todo el mundo puede comprar fuera del racionamiento, donde se manejan precios disparatados. Lo que realmente les fue entregado semanalmente a los madrileños en el mes de agosto fue: 100 grs. de garbanzos, 100 grs. de azúcar, 50 grs. de arroz, 100 grs. de judías, 250 grs. de carne de bote, 1 cubito de caldo, 100 grs. de sal, 250 grs. de aceite y 125 grs. de jabón, estas cantidades corresponden a una de las semanas en las que se repartieron mayores cantidades, el PCE reconocía en un informe interno que entre la población

---

<sup>16</sup> ABC, 8 de junio de 1938

había un gran malestar<sup>17</sup>. A los madrileños les queda un consuelo en el verano de 1938, por lo menos no hace frío.

Mientras se inician los preparativos de la batalla del Ebro, en Madrid la principal preocupación sigue siendo solucionar los problemas de escasez. El racionamiento llega a las prendas de vestir. La Junta Reguladora del Comercio del Uso y Vestido de Madrid, hace públicas unas normas con las que se regula el comercio al por menor, por medio de las cartillas de racionamiento. También se crea una “*guía*” obligatoria para introducir alimentos en Madrid en un nuevo intento de controlar los víveres que abastecen el mercado negro. La situación en septiembre ya es desesperada no sólo en Madrid, la falta de alimentos se siente ya en todo el territorio republicano, el PCE emite una nota interna con las cantidades de víveres que habría que importar mensualmente para poder alimentar a la población civil, el valor estimado de la importación de estos productos era de 2,448.825 libras<sup>18</sup>.

En septiembre de 1938, la UGT vuelve a insistir en el problema del abastecimiento, la solución para el sindicato socialista pasa por la desaparición de toda economía particular, siguen solicitando una persecución implacable de los transgresores de las leyes establecidas por el Gobierno, y aseguraban que sería muy conveniente que no existieran interferencias entre los diferentes organismos que tienen relación con el abastecimiento, solicitando un solo organismo en el que estuvieran representados todos, estando de acuerdo con la iniciativa gubernamental de crear una Comisaría de Abastecimientos. De hecho, en el Comité Nacional Extraordinario de la UGT celebrado el 28 de septiembre de 1938, el problema del abastecimiento se considera tan importante como los problemas militares. Para evitar gastos en la importación de alimentos se solicitaba a la Federación de la tierra que se aumentara la producción, incrementando las jornadas de trabajo si fuera necesario. Solicitaban al Gobierno que se proveyera de todo lo necesario a los agricultores para alcanzar el objetivo. Atacaban el egoísmo de algunos campesinos, colectividades, cooperativas y organizaciones, y se comprometían a sancionar con dureza a aquellos sindicatos, dependientes de la UGT, que incumplieran las órdenes del Gobierno. Además consideraban imprescindible que toda la producción agrícola dependiera del Gobierno, y se pronunciaban a favor de la centralización del abastecimiento, eliminando a la gran cantidad de

---

<sup>17</sup> AHPCE, Caja 121, carpeta 2\_34.

<sup>18</sup> AHPCE, Caja 121, carpeta 2\_35.

agentes de compra que existían tanto en el interior como en el extranjero, fueran civiles o militares, con presencia en este órgano central de representantes de los trabajadores, y dividiendo el organismo que se creara en dos secciones: una militar y otra civil. Exigían que los precios se ajustaran al valor de lo adquirido, siendo responsables de este control el Gobierno y los sindicatos; y que el Gobierno proporcionara a la población un racionamiento equitativo. Para finalizar exigiendo un enérgico control de los especuladores. En el mismo comité se analizó el problema del transporte, se felicitaban por que el Gobierno por fin hubiera nacionalizado los puertos y solicitaban que se militarizara de una vez por todas los demás temas relacionados con el transporte.

En octubre el reparto semanal de artículos de primera necesidad en Madrid era ridículo: 23,33 grs. de garbanzos, 13,33 grs. de lentejas, 8,33 grs. de cebollas, 23,33 grs. de bacalao, 10 grs. de judías, 8,33 grs. de aceite, 10 grs. de arroz, 16,67 grs. de uvas, 1,67 grs. de orejones, 3,33 grs. de azúcar, 3,33 de galletas, 3,33 grs. de turrón, cantidades incrementadas en noviembre gracias a que la cantidad repartida de galletas fue de 150 grs., manteniéndose el resto de cantidades<sup>19</sup>. La variedad de productos, y sus pesos, se debía a la disponibilidad de los productos ya que no todas las semanas había existencias de ellos. A comienzos de octubre, los aviones del ejército de Franco iniciaron una ofensiva psicológica, sustituyendo en dos ocasiones las bombas por panecillos. La propaganda oficial aseguró que nadie comió este pan, llevando las barras a las comisarías. Se afirmó incluso que una saca de panes había matado a un hombre al caerle encima uno de los sacos que los contenían. La prensa afirmaba que los madrileños los echaron al fuego por las sospechas de estar envenenados o mal elaborados, lo que podría causar problemas digestivos, versiones verificadas por el anuncio del alcalde: «*Su desastrosa elaboración le hace, por lo menos, indigesto y generador de trastornos digestivos*»<sup>20</sup>; otras versiones -seguramente más creíbles- cuentan que aquellos panes que cayeron en lugares fuera del alcance de miradas indiscretas fueron consumidos.

En octubre se prohibió también el uso de estufas y calefacciones eléctricas en todas las dependencias oficiales, salvo en los quirófanos. Al carecer la población de combustible con que calentarse, crecieron las atenciones médicas por sabañones y el año se despidió con una fuerte nevada que duró varios días. El Gobierno Civil se

---

<sup>19</sup> AHPCE, Caja 121, carpeta 2\_34.

<sup>20</sup> La Libertad, 5 de octubre de 1938.

vio obligado a actuar organizando la producción de carbón y leña para cubrir en lo posible las necesidades de la población, para ello centralizó el abastecimiento de estos combustibles en las autoridades militares, siendo la primera vez que se actuaba de esta forma.

El 22 de diciembre de 1938, el Gobernador Civil de Madrid informaba al ministro de la Gobernación sobre la evolución que había tenido en ese año el abastecimiento a la población de Madrid. Según comunicaba al ministro el gobernador, de enero a septiembre lo recibido diariamente por los madrileños no tenía otra denominación que ración de hambre. Constatava que a partir de septiembre la situación empeoro, agravándose en los días anteriores a este informe por la paralización total del tráfico ferroviario por las actuaciones militares, lo que motivo que durante 10 o 12 días no entrara ningún tipo de suministro en Madrid, acumulándose los vagones cargados de víveres en las estaciones intermedias. A esas alturas de la guerra el Ayuntamiento de la capital no disponía de los camiones necesarios para realizar el transporte de aquellas mercancías a Madrid, dándose incluso casos como un convoy de camiones municipales enviados a Jaén enviado a por aceite y que fue requisado por las autoridades militares. La situación era tan grave, que en Madrid ya se empezaban a producir *“alborotos”*, protestas y manifestaciones, hechos protagonizados por mujeres ante la falta de alimentos tan básicos como el pan o la leche para sus hijos. Estos incidentes se resolvían sin utilizar métodos violentos, descartando el Gobernador Civil que hubiesen sido provocados por agentes del enemigo, sino que eran debidos a la difícil y gravísima situación que atravesaba Madrid. Exponiéndole al ministro la cruda realidad: *“no se come en Madrid”*, ni había carbón ni leña, y que una retaguardia mal alimentada y muerta de frío constituía un gran peligro. Para atajar este peligro el gobernador realizaba las siguientes peticiones: Hacer comprender e imponer a todos la necesidad de centralizar la distribución de víveres; una ordenación urgente de los transportes tanto ferroviarios como por carretera que permitiera el rápido traslado de las mercancías destinadas a la capital; y la creación en Madrid de un depósito de reserva de víveres. Ocho días más tarde recibía el gobernador un telegrama con la respuesta del ministro de la Gobernación, en la que le comunicaba la favorable acogida a sus propuestas por parte del Gobierno, aunque le indicaba que no todo correspondía al Gobierno, *“pues esto precisa y exige pueblo madrileño sepa encauzar*

*propio sacrificio*”<sup>21</sup>. En diciembre los abastecimientos se estaban desmoronando. El día 21 de diciembre el Gobernador Civil dirigía un telegrama al Intendente General de Abastecimientos informándole sobre la difícilísima situación del abastecimiento de leche al pueblo de Madrid, teniendo la capital un déficit diario de once mil litros de leche para poder atender las necesidades de los niños de cero a dos años, y solicitando que se hiciera el mayor esfuerzo posible para remediar aquella situación.

El desplome final de la República agravó el desabastecimiento de Madrid, en un invierno durísimo con temperaturas bajo cero, frío que no hubo manera de combatir, los tres últimos meses de guerra fueron todo lo duros que podían ser cebándose en una población que llevaba demasiados meses sufriendo escasez, privaciones, frío, y mucho hambre, incluso la urbanidad que había sido norma en las colas desapareció, achacando los periódicos los enfrentamientos y altercados que en ellas se producían a la quinta columna. Posiblemente la verdadera causa era que la población estaba agotada tras casi tres años de penurias. Eran legión los que recorrían las calles en busca de provisiones, cuando les sonreía la fortuna, podían llevar a casa algo de carne, unas patatas o unos huevos, gracias a la casualidad de haber pasado por el sitio adecuado a la hora oportuna; otros decidían acudir a lo seguro dirigiéndose al mercado central de frutas y verduras de la Cebada, creándose extrañas comitivas tras los comerciantes que acarreaban los carros medio llenos hasta sus establecimientos, con la esperanza de que el carro atravesara alguno de los muchos socavones de las calles y se le cayera algo de la carga.

Esta grave situación que atravesaba la población fue uno de los argumentos de quienes decidieron levantarse contra el gobierno de Negrín para terminar con la guerra. El asunto del abastecimiento de alimentos y su acaparamiento fue utilizado como arma contra quienes habían sido compañeros de trincheras hasta febrero de 1939: esgrimiendo con fines propagandísticos la “*perfidia comunista*”: «*Los comunistas se apoderan violentamente de dos camiones*»<sup>22</sup>, estos transportes contenían, al parecer, leche destinada a enfermos y niños. También se responsabilizaba a los comunistas del desabastecimiento de Madrid o se informaba del descubrimiento de enormes cantidades de víveres y dinero en sus locales: “*Las consignas y los hechos: Más de un millón de pesetas, jamones, quesos, conservas y otros víveres. Lo guardaban “los mejores” en su*

---

<sup>21</sup> CDMH, PS BARCELONA C 821 Exp. 1.

<sup>22</sup> El Socialista, 11 de marzo de 1938.

*local*<sup>23</sup>, este hallazgo se realizó en la sede del Comité Provincial del PCE en la calle Antonio Maura de Madrid.

Tras la caída de Cataluña en Madrid ya sólo se repartían 100 gramos de pan negro y lentejas. La prensa no podía informar de casi nada, al haberse reducido sus ediciones a cuatro páginas, como máximo, en las que sólo se informaba de movimientos militares y la actuación del gobierno. No encontrando los lectores por mucho que buscaran noticias o referencias al abastecimiento. Los comerciantes ante el próximo cambio de situación acaparaban los pocos alimentos que quedaban y cerraban sus establecimientos argumentando que ya no tenían nada que vender. La longitud de las colas crecía, en un intento desesperado de abastecerse, sin importar ya ni los obuses, ni los enfrentamientos entre casadistas y comunistas, los madrileños esperaban durante horas para al final no llevarse nada a casa.

El 28 de marzo de 1939 amaneció frío y lluvioso. Ese fue el último día que se publicó prensa republicana en Madrid. Tras la rendición de la plaza los primeros camiones con tropas franquistas entraban en Madrid. Una entusiasta muchedumbre acompañó a la comitiva expresando su alegría, las banderas rojas y gualdas proliferaban entre los espectadores y en los balcones, igual que casi ocho años antes había ocurrido con las banderas republicanas; mezclados estaban quienes brazo en alto gritaban “*ya han pasado*” con los que pensaban que nada podía ser tan duro como los 983 días de penurias y padecimientos que se terminaban en ese momento. En distintos puntos de la ciudad se distribuyeron víveres y por la noche después de mucho tiempo volvió a encenderse la iluminación de las principales calles y plazas. La esperanza no duró mucho tiempo, a partir de abril de 1939 muchos madrileños sólo se ahorrarían los obuses y los bombardeos, continuando la escasez, el hambre, el frío, el mercado negro, el estraperlo y el miedo, a lo que se uniría la brutal represión de los vencedores.

## **2.- Delincuencia y mercado negro.**

Capítulo aparte merece quienes se lucraron con la escasez que sufrieron los madrileños. Desde comienzos de la guerra se dan casos de pillaje en Madrid, que alcanzan tal gravedad que el Gobierno se ve obligado a dictar

---

<sup>23</sup> El Socialista, 12 de marzo de 1938.



un bando, en el que se advierte que tendrán la consideración de fascistas todos los grupos *«que se hacen pasar falsamente por milicias armadas, se dedican a apoderarse de alimentos en las tiendas de comestibles sin autorización de ninguna clase»*<sup>24</sup>.

Una de las constantes durante la Guerra Civil en Madrid fue el almacenamiento y ocultación de alimentos con fines especulativos y manipulando fraudulentamente los precios, desembocando, dentro del contexto de escasez reinante, en un mercado negro en que se cobraban cifras desorbitadas por los artículos de primera necesidad. Ante una posible crisis de subsistencias en los primeros días del conflicto se produjo una acumulación de reservas de alimentos por parte de la población, pero este acopio es insignificante ante el que realizaron comerciantes, industriales y cooperativas. Estos productos terminaban en el mercado negro, donde los madrileños tenían acudir para conseguirlos, tras comprobar en el desabastecimiento de las tiendas después de sufrir largas colas.

En agosto el Ayuntamiento decide sustituir los vales que se entregaban a más de 200 hoteles, cafés, restaurantes y comedores colectivos, para adquirir alimentos con los que se alimentaba a los milicianos, por un suministro directo de víveres a ciertos establecimientos controlados por la UGT y CNT, esta decisión se debe al percatarse el consistorio que los vales que se estaban entregando a estos establecimientos eran objeto del fraude y la especulación.

A mediados de 1937 existían redes paralelas para traer alimentos o sustraer parte de los que llegaban en camiones a Madrid, gracias a ello se creó un rentable mercado en el que se podía encontrar casi de todo. En un intento de paliar la situación, en julio de 1937, se estableció que quienes fueran encontrados con más de siete kilos de alimentos serían acusados de acaparadores y se fijaron fuertes sanciones contra quienes vendieran alimentos a precios superiores a los oficiales. Incluso para evitar que los botes de leche condensada fueran revendidos se procedió a entregarlos abiertos. Como en otras muchas ocasiones este decreto por el que se ponía freno a la subida de precios, consiguió los mismos resultados que otros: pasaron más productos al mercado negro y descendieron las existencias de los comercios. La cosa se agravó al resistirse en origen los productores de alimentos a enviarlos a Madrid, el suministro de verdura se redujo a la mitad, ocurriendo lo

---

<sup>24</sup> El Sol, 25 de julio de 1936.

mismo con el trigo, resultado lógico fue un desmesurado encarecimiento de los precios en el mercado negro. Era habitual la publicación en la prensa las sanciones aplicadas a quienes acaparan víveres, los sacan a la circulación clandestinamente, manipulan los pesos o los venden a precios desmesurados. La pena para estos delitos consiste en trabajos forzados y multas en metálico que oscilan, dependiendo de la gravedad, entre 1.000 y 100.000 pesetas. Las denuncias de la prensa, con especial intensidad en Política que hablaba de «evitar al nuevo rico», y denunciando que «la especulación estaba tomando carácter delictivo», las quejas de los ciudadanos fueron constantes.

Pero controlar el mercado negro es difícil, se acumula el trabajo en la Inspección General de Abastecimientos. Para escapar a su control el ingenio se agudiza y se idean toda suerte de medios para continuar con tan lucrativo y deleznable negocio. A comienzos de junio de 1938, se descubre un fraude en la venta de patatas de Levante, al parecer algunos productores ya habían comenzado la recolección y falsean el precio de venta. Otra práctica habitual por parte de los comerciantes: «...algunos industriales que obligan a sus clientes a la adquisición de artículos que no necesitan, en contra de su voluntad, ...»<sup>25</sup>. Si los clientes no compraban estos artículos “innecesarios”, el comerciante no les vendía lo que realmente necesitaban. No faltaba la picaresca en las colas, problema que preocupaba al Gobernador de Madrid, Sr. Gómez Ossorio, quien en una entrevista denuncia a estos “colistas profesionales”: «No hay que olvidarlo: el colista profesional es un acaparador y perjudica gravemente: unas veces por egoísmo; muchas también porque se dedica a una labor de perturbación».

Pero los castigos no eran iguales para todo el mundo, dependiendo de la filiación de los delincuentes difería el cumplimiento de la pena impuesta. Como en el caso del personal de cuatro hoteles madrileños (Maison-Doree, Nacional, Lyon y Freixenet), que fueron condenados a diversas multas y penas de trabajos forzados, por vender carne de caballo y asno, procedente de mataderos clandestinos, las condenas las cumplirían; «...en horas extraordinarias que habrán de prestar dentro de la propia industria hotelera en sus respectivos establecimientos a beneficio del Estado y bajo la vigilancia gubernativa correspondiente teniendo en cuenta el carácter antifascista de los delincuentes y la necesidad de no crear un problema por la gran escasez de

---

<sup>25</sup> ABC, 10 de junio de 1937.

*personal que se observa en el ramo*<sup>26</sup>». Igual ocurría si el establecimiento estaba socializado, en estos casos se podía adquirir víveres sin ningún tipo de autorización. Contrasta esta indulgencia con la petición que para estos casos realizaba ABC: «*¡Pena de muerte al ladrón!*»<sup>27</sup>

En octubre, nueva denuncia del Ayuntamiento, en esta ocasión los implicados son algunos ganaderos en complicidad con empleados del matadero, que estaban sacrificando reses alegando falsamente que se encontraban enfermas para repartirse la carne. También en ese otoño, la comandancia militar de Madrid, avisaba a los ciudadanos para que no se dejaran engañar por desaprensivos, que acudían a los domicilios a requisar mantas, colchones, abrigos ya hasta dinero para los combatientes del frente, aduciendo que cumplían las órdenes emitidas por las autoridades republicanas. Las noticias y denuncias convierten los periódicos en verdaderos manuales de picaresca, más propios de la novela de nuestro siglo de oro. En ABC se narran las tretas de una comadrona, especialista en «*barrer para adentro*», no falta en el artículo cierta socarronería. Esta buena mujer aprovechaba el suministro de leche tenían asegurado las nuevas madres, para extender más de treinta recetas «*con destino a otras tantas parturientas imaginarias, producto exclusivo de su imaginación y avaricia*». Incluso llegó a extenderse una a su nombre «*y otra ¡nada menos que para un cuñado suyo!, al que ha convertido en mujer, cambiándole el nombre de Julio por el de Julia*»<sup>28</sup>. Más sangrante es el caso de un individuo condenado a un año de internamiento por vender a dos muchachos «*un “chusco” de cuartel en cinco pesetas para que comieran*»<sup>29</sup>. Entre los multados por acaparar alimentos figuraría doña Manolita, administradora de un popular local de loterías, a quien encontraron en su casa 79 kilos de malta, por lo que fue multada con 50.000 pesetas.

En los campos se mezclan estraperlistas y ciudadanos muertos de hambre, que burlando la vigilancia hacen haces con aquello que encuentran, pero estos hurtos tienen un destino muy diferente en cada caso, los primeros los usaran para engrosar el mercado negro, mientras que los segundos sólo buscan aumentar la pobre ración diaria, pero si son sorprendidos por las autoridades estas no distinguirán entre los motivos de unos y otros a la hora de imponer las sanciones. Como delincuencia también se podría considerar la sustracción de

---

<sup>26</sup> La Vanguardia, 27 de mayo de 1938.

<sup>27</sup> ABC, 11 de septiembre de 1938.

<sup>28</sup> ABC, 2 de junio de 1938.

<sup>29</sup> ABC, 23 de octubre de 1938.

mercancías que se producía en los transportes, así a finales de diciembre de 1938, cuando peor era la situación del abastecimiento en Madrid, el ayuntamiento madrileño transmitía su profundo disgusto al Inspector General de Abastecimientos al comprobar que en las operaciones de descarga del barco “Calvados” se había producido la sustracción de *“bastantes toneladas”* de alimentos destinados a Madrid. Cinco días después el 3 de enero de 1939, y tras realizar la liquidación de los víveres descargados del citado barco en Valencia, el ayuntamiento comunicaba al responsable de Abastecimientos en Valencia de las cantidades sustraídas: *«7.000 kilos de bacalao, 52 cajas con 4.160 botes de pescado en conserva y 38 cajas con 1.824 botes de leche condensada o sus equivalentes»*<sup>30</sup>.

### **3.- Conclusiones.**

Desbarajuste, desgobierno y caos, con estos epítetos se referían tanto las autoridades republicanas como los partidos y sindicatos a la situación que se llegó en el tema del abastecimiento de la población civil en la zona bajo control republicano, y que Madrid sufrió de manera especial, al ser la única ciudad española que padeció los casi tres años de guerra civil.

Como se puede comprobar a lo largo de este trabajo, el mayor problema del abastecimiento de productos de primera necesidad, fue la falta de transportes, a la que se unieron los conflictos organizativos entre las múltiples entidades y organizaciones que canalizaban las iniciativas de ayuda.

Claridad, en febrero de 1937, analizaba el problema del abastecimiento de Madrid y lo centraba en cuatro facetas: acopio, transporte, racionamiento y distribución. Acusando a lo que quedaba del Ayuntamiento de Madrid de estos males. La constatación de estas denuncias las encontramos también en las reuniones de las organizaciones responsables del abastecimiento donde encontramos los motivos por los que se llegó a una situación tan precaria: vagones cargados de víveres que ya en camino eran reexpedidos a su lugar de procedencia por orden de los vendedores; mercancías pagadas y que no eran enviadas por diferentes circunstancias; vagones con alimentos que se extraviaban en el camino; vales expedidos para recoger víveres de los que no había existencias en las estaciones de Madrid; mercancías que caían en manos de los sublevados

---

<sup>30</sup> CDMH, PS MADRID C 1039 Exp. 47.

por no haber previsto ni su traslado con la suficiente anticipación, ni contar con los medios para hacerlo; falta de medios de transporte para recoger lo asignado; mercancías que no eran entregadas a nadie y se quedaban en los almacenes pasando al mercado negro; denegación de permisos de aprovisionamiento a las Juntas Intermunicipales por solicitar los ayuntamientos los permisos por su cuenta a la Comisión de Abastecimiento; géneros que no llegaban a estas localidades al quedárselos los responsables de los almacenes en los que los depositaba el Gobierno Civil; inexistencia de un depósito desde el que distribuir los víveres.

Hubo casos realmente escandalosos, llegando incluso las propias organizaciones políticas a crear comisiones de investigación para esclarecer lo sucedido en algún comité de abastos. Fue el caso del comité de Carabanchel Bajo, que ante la llegada de las tropas franquistas a principios de noviembre de 1936 en su retirada hacia Madrid cometió todo tipo de irregularidades. Al parecer en las dependencias de dicho comité se encontraban almacenados numerosos productos, desconociendo las cantidades exactas ya que todos los responsables de dicho comité declararon desconocerlas. Los alimentos se repartieron entre los miembros del comité, sirviendo los que quedaron como menú diario a los miembros del comité en su nueva sede o se entregaron a los milicianos que encontraron en su retirada; la ropa se vendió a una sastrería sin que nadie supiera del destino del dinero obtenido en aquella venta; lo mismo se hizo con la bebida, que además servía para invitar a las visitas que recibía el comité en la nueva sede.

Para entender la situación con respecto al suministro de productos de primera necesidad a la población civil, es interesante seguir la tensa discusión que se entablo en el pleno de la C.N. de la UGT celebrado entre el 27 y el 30 de octubre de 1937. En este debate encuentran muchas de las claves para comprender como se había llegado a aquella situación: el transporte no llegó a nacionalizarse o centralizarse en ningún momento, distribuyéndose los vehículos, además de estar en manos de incompetentes que habían conseguido el puesto gracias al amiguismo.

He utilizado estos informes en mis conclusiones porque considero que dan una idea bastante exacta de cómo se desarrolló el abastecimiento a la población civil de la zona republicana durante la Guerra Civil. La revolución que el ejército sublevado se inventó como coartada para dar el golpe de estado de julio de 1936, se produjo realmente tras el fracaso del mismo. Esto llevó a que la estructura gubernamental se desmoronara en

la zona controlada por la República, y que se crearan múltiples comités y organismos que dirigían lo que hasta aquel momento había estado en manos del Gobierno. Son numerosas las organizaciones que intentaron controlar y organizar el abastecimiento, esta multiplicidad empeoró el problema, al no llegar en ningún momento a acuerdos entre ellas para centralizar el suministro de víveres. Las sucesivas autoridades madrileñas y los gobiernos republicanos intentaron constantemente solucionar el abastecimiento, chocando en todo momento con la falta de solidaridad y los intereses, cuando no egoísmo, de quienes tenían que colaborar con ellos. Realmente estas organizaciones estaban mejor preparadas que el Gobierno para hacer frente a problemas de este tipo, pero los enfrentamientos, desencuentros, conflictos y disputas entre ellos lo hicieron inviable, aunque todas ellas coincidían tanto en el análisis como en las soluciones a aplicar. No hubo en la retaguardia disciplina, quizás debido a una falta de espíritu de sacrificio, y en muchos casos faltó solidaridad, como puede verse en los casos de Murcia que se niega a enviar a Madrid huevos, o Jaén que también negó su aceite a la capital.

Hay que sumar la situación creada en los centros productores donde se encarecieron los productos por la gran cantidad de intermediarios, oficiales y privados, que acudían a abastecerse, aparte de la disminución de mano de obra a causa de los llamamientos a filas, o la constante falta de materias primas con las que producir (abonos en el campo o telas en la industria textil). Contribuyeron a complicar la situación las campañas y movimientos militares, que detenían los convoyes o se incautaban de los precarios medios de transporte de los que disponían los organismos encargados del suministro de productos de primera necesidad. También faltó la colaboración ciudadana, al negarse persistentemente los madrileños a evacuar la ciudad lo que impidió un mejor abastecimiento o utilizando cartillas que habría que haber dado de baja, agravándose el problema al volver a Madrid muchos de los evacuados, lo que hizo inservibles los cálculos de las cantidades de alimentos necesarios. No faltó la imaginación para superar la falta de productos de primera necesidad, pero tampoco la picaresca y la delincuencia, aspectos a los que he creído necesario dedicar una mención especial.

En las zonas alejadas de los combates, faltó una organización eficiente, estando esta normalmente en manos de incompetentes que no supieron afrontar y solucionar el grave problema de abastecimiento que se estaba dando en las zonas afectadas más directamente por la guerra. No se aplicó una disciplina de guerra que

evitara, por ejemplo, que un barco cargado de alimentos no se descargaba por que los trabajadores sindicados ejercían su derecho a la semana inglesa y no trabajaban los fines de semana o una vez acabada su jornada de siete horas, a lo que no podía oponerse nadie, o que el desbarajuste que existía en los precios al proponer e imponer las organizaciones obreras los precios de sus productos.

La suma de todos estos factores analizados en este trabajo llevó a la población civil de la zona republicana a caer en la hambruna, especialmente en Madrid, que además no era autosuficiente en víveres, por lo que dependía más del abastecimiento exterior que el resto de ciudades. Algo que no se puede obviar es que al principio del conflicto lo que se produjo fue un cierto despilfarro ante la euforia con que afrontaron los primeros días de guerra organizaciones, sindicatos y partidos políticos.

#### **4.- DOCUMENTACIÓN.**

- **HEMEROTECAS.**
  - ABC, edición de Madrid.
  - El Socialista.
  - Biblioteca Nacional, para los diarios Crónica, La Libertad, , Política, El Liberal, El Sol, Mundo Gráfico y Estampa.
  - La Vanguardia.

[www.prensahistorica.com](http://www.prensahistorica.com)
- **ARCHIVOS.**
  - Archivo histórico del PSOE. Fundación Pablo Iglesias.
  - Archivo histórico del PCE.
  - Centro de la Documentación Histórica de Salamanca.
  - Por desgracia no he podido acceder al Archivo Histórico de la CNT en la Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, ni a los fondos del Archivo de la Villa de Madrid; donde podría haber encontrado mucha documentación relacionada con este asunto; al estar ambos centros en obras y no tener sus fondos digitalizados.